



MISTERIO TERCERO
DE LA CORONA DE ESPINAS,
CON QUE LOS JUDIOS CORONARON
AL HIJO DE DIOS.

295 **C**onsidera en el paso de la coronacion de espinas, en donde tienes muchas consideraciones. Considera como los Verdugos llevaron al Salvador al patio de Pilato, y pidiendo licencia, como dice S. Agustin (a), y obtenida ya, buscaron por aquellos rincones algunos malos andrajos colorados; y como dice San Buenaventura (b), hallaron una túnica, que por inutil habian arrojado, y un pedazo de una manta colorada, tambien arrojada, por no ser á propósito para nada: y llegándose al Señor, cansados ya de atormentarle el cuerpo, quisieron con oprobrios, y afrentas atormentarle el alma. Ya consideras que lo ves, y oyes que le dicen muy contentos, y alegres: Ya, gran Rey de los Judíos, se os han cumplido vuestros deseos: ya se os ha llegado aquel día que tanto habeis deseado, en que os coronasen por Rey: ordenenemos del Presidente de los Romanos para coronaros; y así dexaos vestir, que aquí teneis la púrpura Real, y luego os daremos la corona, y cetro. Sacaron entonces aquellos andrajos, y como estaban llenos de tierra, pajas, y basura, se los pusieron sobre su santísimo cuerpo, todo rasgado con los azotes. Pusieronle primero la túnica, y sobre ella el pedazo de manta, y atándola con un hilo se la pusieron en los hombros, dando grandes risadas, y haciendo grande mofa del Señor de la Magestad. Mira su paciencia, su humildad, y su mansedumbre, como se dexa poner aquellas ropas llenas de agujeros, desechadas, y afrentosas; y trae á la memoria tus vanidades, tus galas, y el adorno de tu cuerpo, y afrentate de ponerte de esa manera delante de tu Dios escarnecido,

(a) Tract. 116. in Joan. (b) Med. 7.

vituperado, y mofado por tí. así, despues de haberle visto bien sentado en aquella mala silla, cubierto con aquellos indecentes andrajos, humillado su cuerpo divino, atadas sus divinas manos, é inclinada al suelo su cabeza santísima entre todos aquellos mofadores, que no cesaban de reirse, y de ponerle malos nombres, y decirle oprobrios; pasa á considerar por su orden lo que executaron, é hicieron con su Divina Magestad.

296 Considera lo que dice el Beato Alano, que habiéndole puesto aquel ropage de vilipendio, y afrenta, traxeron una mala silla, y le dixerón: Ea, siéntese vuestra Magestad, que los Reyes no han de estar en pie: ahí tiene el Trono Real (a). Hecho esto salieron afuera, y llamaron á toda la cohorte, que eran los soldados del Presidente, que segun dicen muchos, eran mil doscientos y cincuenta, para que viniesen á ver al Rey de los Judíos con la púrpura Real: que tendrían un buen rato, y gustoso entretenimiento en verle. Entraron todos los Soldados, y como le vieron de aquella manera, y en tan despreciable representacion, fueron grandes las risadas que dieron; y como dicen San Matheo, y San Marcos, le hincaban la rodilla, y le adoraban como á loco, y le decían: Sea para bien, Rey de los Judíos; y le daban de bofetadas, y escupian en su rostro santísimo. Poníanle la corona, y le daban de palos con la caña sobre la misma corona. Has de meditar todas estas cosas, y cada una de por sí, con toda la atencion que ellas piden, que te darán motivo de gran dolor, y compasion, y en ellas hallarás exercitadas grandes virtudes. Y

297 Considera, como dice el santo Evangelio, que le hincaban la rodilla, y le daban de bofetadas; pero lo has de considerar así: Haz cuenta que los Verdugos les dicen á los Soldados que se entretengan con él, mientras ellos van á hacer la corona; y que entonces uno de aquellos dice, ¿qué hacemos aquí? Adoremos al Rey de los Judíos; y en esto piensa que le ves hincada una rodilla delante del Señor, y que le dice: Sálvete Dios, Rey de los Judíos, con mucha mofa, teniéndole por loco; y que como el Señor no le correspondía á la salutacion, le decia: Ea, no se haga tan grave, respóndame, y saludeme, puesto que yo, siendo soldado Romano lo saludo: y como el Señor callaba, levantándose el maldito, le descargaba una cruel bofetada, como quien

Z 4 di-

(a) Matth. 2. Ibid. 15. Radix Græca.

dice: No porque lo hacemos Rey se nos ha de mostrar tan grave; y así tome para que tenga cortesía. A este sucedió otro, como diciendo: Dexadlo, que á mí me tendrá cortesía. Saludóle en la misma forma, y con las mismas razones, y dióle otra bofetada; y así fueron pasando todos, y cada uno le daba qual bofetada, qual puñada; y muchos mas rabiosos, y para mayor desprecio se quitaban los zapatos, y con la suela le daban en el santísimo rostro, y sagrada boca (que así se lee del Griego Cornelio, y otros muchos aquella palabra del Evangelio, que dice (a): Y otros le daban con las palmas en el rostro). Con lo qual, como eran muchos, y todos incitados por el demonio, que no podia sufrir la paciencia del Señor, le daban con gran rabia, y le pusieron todo el santísimo rostro tan hinchado, que no tenia forma de rostro: los labios heridos contra los dientes: las mexillas iguales con las narices; y los ojos, que no podia abrirlos, y chorreando muchísima sangre por la boca, y narices santísimas. ¡O alma christiana! Carga la consideracion, y mira al Señor tan afrentado por tí. Grave injuria es dar una bofetada á qualquier hombre, por baxo

(a) Multi ex Græc. Matth. 26. 67. sic legunt: & alii crepidis eum cæcidunt. Sylv. tom. 5. lib. 8. cap. 4. quæst. 16. num. 131.

que sea: gravísima dársela á un noble, Príncipe, ó Rey: y al Rey soberano de los Cielos le dan tantas, y no solo bofetadas con las manos, sino lo que es mas estupendo, le dan con las suelas de los zapatos, ó chinelas en su boca, y rostro divino, y calla nuestro Dios, y sufrel; ¡Hallas por ventura, ó has oído, ó leído jamas tal injuria? ¡O Rey de la Gloria! Todo eso es necesario para humillarnos nuestra soberbia, y abatirla con un tan estupendo exemplo de paciencia.

298 Considera como despues de las bofetadas, mientras traían la corona, pasaron adelante con los oprobrios, y afrentas, y volvian á ponerse delante; y como ya no habia en donde cayesen las bofetadas, mudaron en salivas las afrentas. Llegaba el primero, y diciéndole un oprobrio, le escupía una asquerosísima saliva en su divino rostro: seguía el otro, y hacia lo mismo con desprecio, y vilipendio, con feas, y afrentosas palabras, y así todos le fueron escupiendo; y apareció aquel semblante divino todo sembrado de salivas, todo el cabello, y sagrado pecho; y salivas, no como quiera, sino salivas de hombres que bebian mucho vino, que son las mas as-

querosas, y abominables. Qué te parece, Christiano; ¿y podrás tú sufrir el ver caer sobre aquellos divinos ojos, narices, y boca estas inmundas, asquerosas, y viles salivas? Mira, alma, el sol de la Gloria eclipsado, la alegría de los Bienaventurados obscurecida, y afeada. Dime, ¿á vista de este espectáculo de lástimas, cuidarás ya de tu rostro, te desvelarás ya por la gala, y por el alifio vano de tu cuerpo? ¡O eterna Magestad, bondad, y hermosura incomprehensible de Dios! En el peor rincón, y en el mas sucio lugar se escupe comunmente; ¡por tal tienen los hombres la cara de Dios, los ojos, y boca de la eterna verdad, esplendor de la gloria del padre!

299 Considera como despues de todos estos oprobrios, y afrentas, acabaron de hacer la corona de espinas, que era en forma de casquete (a), que cogia la cabeza por todas partes, y de propósito la hicieron estrecha, para que entrase con dificultad (b), y con eso se clavasen mas las espinas, y atormentasen doblado. Considera, pues, que los ves llegar delante del Señor, con mucha irrision con la corona en las manos, haciéndole grandes cortesías, hincándole la rodilla; y

mirándole con desgarro, como á loco, y hombre fatuo, y sin juicio, le decian, como consideraba San Vicente Ferrer (c): ¡O gran Rey! Alegraos, ¿Quándo habeis merecido vos una dicha como esta, que los soldados Romanos os coronen? Ea, enderezad esa cabeza, y recibid la corona, que este es gran dia para vos. Piensa como el Señor levanta su cabeza sacratísima, que por la grande vergüenza, y confusion la tenia inclinada al suelo. ¡O qué mansedumbre! Atiéndela bien, y mira ahora como le ponen la corona sobre la cabeza; y luego cogiendo unas horquillas de palo, la fueron encajando con fuerza, y fueron entrando las espinas por la santísima cabeza, y empezó á correr la sangre á arroyos por los cabellos, oídos, y el rostro: entrase en los ojos, y en la boca sacratísima en tanta abundancia, que como dice Santa Brígida, quedó toda la cabeza como si la hubieran metido en una tina de sangre; y con tan gran dolor, que como dice San Vicente Ferrer, setenta y dos espinas se le entraron por la santísima cabeza; y como dice San Buenaventura, eran tan gruesas como los clavos: y bien se conoce por las que hoy se ven, despues de cerca de

(a) S. Buenav. med. 7. (b) Sant. Brigid. lib. 1. cap. 10. (c) Serm. de Pas.

de mil y setecientos años, que estan gruesas, y largas. Esta es la materia de la meditacion: ahora ponte á contemplar á tu Dios. Mira lo primero la crueldad de los Ministros, y la impiedad con que aprietan la corona. Mira segundo la sangre que corre, y cómo se va entrapando con las salivas que estaban tendidas por el santísimo rostro, y se va poniendo como rostro de leproso; y por último helada la sangre, y secas las salivas, queda aquel divino semblante tan afeado, que parece mas cosa monstruosa que humano rostro. Así se dexó desfigurar, y borrar la hermosura del Cielo, para limpiar, y borrar las manchas de nuestras almas: así se dexó manchar, y afeár para quitar nuestra fealdad, y purificar nuestras almas: echó sobre sí nuestras miserias todas, para que de todo punto apareciésemos agraciados á los ojos de su eterno Padre.

300 Considera como habiendo coronado al Señor, traxeron aquel cetro de burla, que era una muy gruesa, y pesada caña, y se la pusieron con grande mofa en la mano, dando á entender con esto, dice Santo Thomas, que era loco, y que llevado de la locura, y frenesí, afectaba ser Rey de los Judíos; y habiéndosela puesto, venian, y le hincaban la rodilla, como diciendo: Ya estáis hecho de todo punto Rey:

nada os falta; ya teneis la púrpura, ya teneis la corona, y el cetro, y soldados de guardia que os adoran: ¿qué mas queréis? Y diciendo esto echaban mano á la caña, instigados por el demonio, é irritados por él (como dice Orígenes) le daban cruelísimos palos con ella sobre la misma corona para apretarla mas, y para que mas penetrasen las espinas, y el dolor fuese mas intenso; y así fueron tales los dolores que le causaban, dice San Buenaventura, que todos los nervios, venas, y arterias del santísimo cuerpo se conmovieron, y estremecieron con insufrible pena, y el Señor empezó de nuevo á arrojar gran copia de sangre por los oídos, y por las narices; y por la viveza de los dolores le reventaron de nuevo las lágrimas, mas no lágrimas de agua, sino de sangre; y así empezó nuestro Dios á llorar sangre, que corría hilo á hilo por las sagradas mejillas. ¡O eterno Rey, y Señor de nuestras almas! Nuestras culpas, nuestras vanidades, nuestras altiveces, y nuestra codicia os tienen puesto en tanto aprieto, que os hacen derramar lágrimas de sangre por esos divinos ojos. ¡O amantísimo Dios, y Criador mio, Padre de infinita misericordia! Vos llorais sangre por mis culpas, y por la perdicion de mi alma; y yo, ni lloro mis culpas, ni siento mi per-

perdicion. Habed piedad de mí, Señor, y haced que vuestro dolor atraviese mi alma: vuestras espinas claven mi corazon: vuestra sangre ablande mi dureza; y vuestros golpes, así como en vos descargaron, descarguen en mis endurecidas entrañas.

301 Considera en las virtudes que tan altamente resplandecen en su Divina Magestad. Mira aquella paciencia, que no le dexa abrir su boca entre tantos dolores: aquella mansedumbre entre tantas afrentas: aquella humildad entre tanta irrisión, y tantos desprecios; y sobre todo la paz interior de aquel mansísimo, y benignísimo corazon; pues entre tanta invencion de tormentos, dolores, golpes, y afrentas, hasta darle con las suelas de los zapatos en su boca, y rostro divino, entre tantas, y tan asquerosas salivas; ni con todo esto, ni con aquellos andrajos de vituperio, desprecio, é irrisión, ni con tanta máquina de oprobrios, vilipendios, y suscisimas, y feísimas palabras que le decian, pudieron conseguir, ni los demonios, ni los hombres, que en él se levantase el mas mínimo asomo de inquietud, turbacion, ira, ni alteracion: siempre estaba manso, benigno, templado, quieto, y sosegado, y tan aparejado para la piedad, y misericordia, que la menor compuncion que viera en aquellos tan crueles, y

fieros enemigos, sin duda alguna fuera bastante para que el Señor los admitiera á su gracia, y amistad. Tanta era su caridad, tan encendida estaba en aquel divino pecho la llama de amor, que ni tanta lluvia de penas, oprobrios, y tormentos, ni aquella tan arrebatada corriente de dolores, que como caudaloso rio le cubria de pies á cabeza, no fueron bastantes á apagarla: ardía con los azotes, bofetadas, salivas, espinas, y palos, como el fuego arde con la leña seca. ¡O tibieza miserable de nuestro amor! Qualquiera cosita basta á entibiarle: cualquiera trabajo, por pequeño que sea, lo apaga, y nos pone en tanto riesgo, y aprieto, que no dudamos impacientes, á romper con su amistad, y aun á quexarnos de su providencia, ofendiéndole gravemente: cualquiera desprecio nos altera, cualquiera injuria nos enciende en iras, odios, y rencores; ¿y por qué? porque no pensamos, ni nos acordamos de la paciencia, y amor de nuestro Dios: porque no consideramos, ni traemos en la memoria sus injurias, y lo mucho que padeció por nosotros. Aplica, pues, la consideracion á tu Dios, y mira cómo padece, y cómo te enseña á padecer con su exemplo.

302 Considera como viendo Pilato al Señor tan malparado, le pareció que en viéndole así los

los Judíos se habian de aplacar, y dexar de pedirle la muerte; y así mandó que se lo subiesen arriba, y él lo sacó á un balcon alto, para que lo pudiesen ver todos: se les mostró diciéndoles, que le mirasen cuál estaba bien castigado: que con aquello ya lo podian dexar libre de la muerte. Esta es la materia de este punto, y ahora has de ir por menor considerando todas las circunstancias, y cada una de por sí; para que con eso descubras mas por extenso los trabajos del Señor, y las grandes virtudes, y doctrinas que su Divina Magestad te muestra en sí mismo. Considera, pues, lo primero, como habiendo visto Pilato al Señor, mandó que se lo subiesen arriba. Ahora haz cuenta que te hallas allí; y lo primero advierte la distancia que hay desde donde estaba el Señor, que era abaxo en el pórtico: ha de atravesar, y pasar todo el patio, subiendo una escalera de marmol que tiene cerca de sesenta escalones, para haber de llegar al balcon. Mira como los Verdugos le mandan que se levante de aquella silla, y vaya con ellos; y el Señor de la Magestad prueba á levantarse, y la cabeza desvanecida con la grandeza de los dolores, y la mucha sangre derramada, le inclinan al suelo: las piernas debilitadas con el martirio de la co-

lumna tambien; de manera que flaqueando no pueden sustentar el cuerpo; y al levantarse cae en el suelo, y caído no puede levantarse por la suma flaqueza de do el santísimo cuerpo despedazado, y desangrado; y aunque procura levantarse, no puede hacer fuerza con las manos, porque las tiene atadas, ni tampoco tiene arrimo, aunque las tuviera libres: y así de la crueldad del demonio, y de la impiedad de sus ministros, puedes entender que le dieron muchos golpes, y puntapiés, y muchos palos sobre la corona de espinas, con lo qual, mas, y mas le imposibilitaban. Llégate tú por allí, y ayúdale á tu Señor: dale la mano, porque aquellos malignos no saben llegarse, sino para herirle: abrázate con su Magestad Divina, y ayúdale á ponerse en pie, y no tengas asco como los Judíos, ni de aquellos andrajos de que le ves vestido, porque son los de tu padre Adán; ni tampoco te causen asco las salivas, porque son tus propias maldades; ni su sangre preciosísima, que es el precio de tu libertad: ayúdale á tu Señor, que no tiene quien le ayude, ni adonde arrimarse, porque á qualquiera que se arrime le da un empellon que le hace caer. Mira que tiene los ojos llenos de sangre, y cubiertos de salivas, y no vé: límpiaselos, y luego ruégale que se arrime á tí,

tí, que no obstante, aunque conoces que tu arrimo es malo, su sangre divina, que está de por medio, te hará bueno.

303 Considera como aquellos crueles Sayones le tiran al Señor por la sogá de la garganta, y por la de las manos, y se ponen en pie, y su Divina Magestad vá caminando paso entre paso, temblando todo el divino cuerpo, y pasando el pórtico, atraviesa el patio, y llegando á la escalera, viéndola tan alta, y larga, se le aflige el corazón, considerándose sin fuerzas para subirla: mira cómo se anima á subir, y á pocos pasos fatigado, ya da contra una pared, ya contra la otra, ya cae, y cayendo se lastima dolorosamente en las cánillas, en las rodillas, y codos: los Verdugos le tiran por las sogas, y así mas arrastrando que andando la subió. En Roma se vé esta escalera, á partes cubierta de unas rejas de hierro, que era en donde cayendo el Señor derramaba sangre. ¡O infinita fortaleza! ¿Qué te has hecho? ¿Adónde te pasaste, y dexaste tan flaco al Todopoderoso? Mas (¡ó infinita misericordia de nuestro Salvador!) él tomó nuestra flaqueza: por eso no sube con descanso y ligereza. Ea, alma, animate á subir por la escala de las virtudes, que el Señor te fabricó con tantos trabajos, y no pares hasta llegar á Dios, que es-

tá en la cumbre con los brazos abiertos para recibirte, y en ella tienes muchos Angeles que suben, y baxan por mandado del Señor, para darte la mano, y cogerte en palmas quando fueras á caer: mira en esta á Dios, que no tiene sino Verdugos, y Sayones crueles, que en lugar de darle la mano, le arrastran, y dán de empellones: mírale que quando cae no tiene quien ponga la mano debaxo para que no se lastime; y así cayendo, lastimosamente se hierre, y maltrata: considera que quien le espera en la cumbre es Pilato, Juez tirano, impío, y malvado, que por último le ha de quitar la vida: mira que va de escala á escala: trata tú de subir por la tuya con virtudes, pues ves subir al Señor con tantos dolores.

304 Considera como habiendo subido nuestro Señor con tanto trabajo aquella escalera, es de creer que Pilato, viéndole de cerca tan maltratado, y tan lastimosamente herido, naturalmente le habia de causar grande horror, y mas conociéndole inocente, y sin culpa alguna: así dice el Evangelio que salió al balcon, y dixo á toda la multitud que estuviesen atentos, que ahora se les pondria allí á la vista, para que conociesen que no hallaba causa de muerte en él; como si dixera asustado, y asombrado: Escuchadme, y prevenios, que ha

habeis de ver el mas lastimoso espectáculo que han visto los nacidos: ahora os lo mostraré aquí, y viéndole vosotros, cuál lo he puesto, solo por daros gusto, no porque yo haya hallado en él culpa alguna, si solo por contentaros; sin duda me direis que estais satisfechos, y que bien puedo alargarle, y dar por libre: porque si solo por complaceros lo castigué así sin culpa; si la hubiera hallado, no hay duda que ya lo hubiera condenado. ¡O iniquo Juez, y mal hombre! ¿Confiesas contra tí tu misma culpa, y que aunque lo juzgaste santo, é inocente, con todo, por complacer á los Pontífices, y Fariseos, hiciste con él ese tan cruel estrago? Atiende á esto, alma, y de la confesion de Pilato saca tú tus doctrinas: la primera, que no procures jamas complacer, ni dar gusto á las criaturas con detrimento de tu conciencia. Mira por aquí quánta gran verdad es aquella de la Escritura: El que quisiere dar placer á los hombres, no será siervo de Dios; porque ellos le han de obligar á que le falte en la fidelidad, justicia, y amor. La segunda, aquel horror que le causó á Pilato el ver al Señor tan llagado, que le obligó á confesar públicamente su maldad: mirálo, y ponle presente á tu alma siempre en aquella forma tan dolorosa, que te causará compasion, y te

dolerás de haberle ofendido, y te confesarás con dolor. Considera como habiendo dicho Pilato aquellas razones, mandó que le traxesen al Señor, teniendo por imposible, que viéndolo ellos no se aplacasen: púsole por delante en el balcon, como estaba con la púrpura de escarnio, con la corona, y caña; y vuelto al Pueblo el semblante, y señalando al Señor con el dedo, les dixo: *Ecce-Homo*: Veis aquí al hombre: miradlo bien, á ver si lo conocéis; no es posible que le conozcais, porque ni forma de hombre le ha quedado. Veis aquí al hombre, que me habeis traído para que lo crucifique: os parecerá que no es él: pues él mismo es: miradlo bien por todas partes, y ved que semejante espectáculo no lo habrán visto jamas vuestros ojos. Bien os acordaréis que era hermosísimo, blanco, y rubio, y de tan agradable presencia, que consolaba á quien le veía: pues miradle ahora este rostro, que no se ha visto jamas otro tan desfigurado, ni tan afeado. Bien sabeis que su cuerpo era hermoso, y perfecto: pues vedlo ahora por todas partes: mirad estas espaldas, este pecho, estos costados, que carnicería semejante en cuerpo humano no la habeis visto. Bien sabeis que la gentileza de su persona era admirable, pues no ha visto el mundo

en

en algun tiempo hombre tan hermoso: vedlo ahora todo hinchado, todo disforme, inclinado al suelo, temblando de flaqueza, y tan acabado, que le falta poco para caerse muerto: ya estareis satisfechos, y contentos, pues le veis tan cruelmente castigado, y sin culpa. Miraronlo aquellos crueles corazones, y tan lexos estuvieron de compadecerse de sus males, que clamaron diciendo: Crucificalo, crucificalo. ¡O crueldad inaudita, y corazones diabólicos, mas crueles que las fieras! Crucificalo, dicen; como quien dice: Nada es todo eso, nada has hecho, mientras no le crucificas, y así crucificalo. ¡O alma mia! ¿oyes estas voces? ¿Sientes esta ira? ¿Conoces el rencor que tienen los hombres contra Dios? ¿Ves la paciencia del Señor? ¿Has tenido algun enemigo, como los que tiene el Señor? ¿Te han perseguido alguna vez con odio tan mortal? ¿Pues de qué te quejas? ¿Tratarás ya de rencores, ó venganzas? ¡O mansedumbre de Dios, y crueldad de los hombres!

366 Considera en aquellas palabras: *Ecce-Homo*: quitáselas, y tómalas, porque son pronunciadas por el Eterno Padre, que te dice: Mira, hombre, á mi Hijo Unigénito, al qual te lo dí para Maestro, para Guia, y para Defensor: te lo dí por Pastor, por Libertador, y Redentor: mira

cuál me lo has puesto, mira el estrago que hiciste en él con tus culpas, y pecados: mira tu atrevimiento, y osadía. Si otro tanto hicieran los vasallos de un Rey de la tierra con su hijo; ¿qué merecian? Mi Hijo es ese que ves: Ese que ahí ves, es mi Hijo Unigénito, y que no tengo otro. Dime tú ahora, ¿qué merece el que así me lo maltrató? ¿Qué castigo se debe á un tan grande atrevimiento? ¿Será bastante el Infierno? ¡O alma! Respóndele á Dios Eterno. ¿Qué le dices? ¿Ves bien á su Hijo? ¿Contemplas de la forma que está su santísimo cuerpo de pies á cabeza? Sí. ¿Pues qué le respondes al Eterno Padre, que se queja de tus pecados? *Ecce-Homo*. Dile lo mismo, que su divina Magestad te dice á tí: Mirad, Eterno Padre de misericordias, mirad á ese Hombre: mirad á vuestro Hijo divino hecho hombre por mí: mirad aquellas llagas, aquellos azotes, aquella corona y aquella sangre derramada por los mismos que la derramaron: mirad al rostro de vuestro Hijo, mirad sus espaldas, y todo su cuerpo, que todo lo padece por mí, y perdonadme por vuestro Hijo mi Redentor la sangre que derramaron mis culpas, los tormentos que le causaron mis pecados; y sus méritos todos él por su infinita piedad me los dió, y yo os lo ofrezco: recibidlos,

en

en satisfacción de mis grandes ofensas, y aplacád el rigor de vuestra divina justicia contra mis grandes, y enormes pecados.

307 Considera en las mismas palabras: *Ecce-Homo*. Mira, hombre, y haz cuenta, que te las dice el mismo Jesu-Christo de de aquel balcon: Mira, hombre, lo que me cuestas: mira lo que padezco por tí, por salvarte, y redimirte de la esclavitud del demonio: mira lo que sufro por solo tu amor. No lo padezco por los Angeles, no por los demonios, no por otra ninguna criatura: por tí solo, y solamente por tí padezco: tu amor me tiene así: tu amor me ha puesto en este estado: tu amor me puso en este balcon á vista de mis crueles perseguidores. Mira, atiende, y considera si debes amar á quien tanto te ama, y si debes amor á estas finezas, correspondiendo amante á quien tanto hace por tí. Atiende bien, y considera que no hay amor como el mio, que te amo de veras, de valde, sin interes, y sin correspondencia: las veras de mi amor ya las ves, pues me dexo escupir, deshonestar, y matar por tí: por tí padezco la contradicción que ves y por tí tolero estos oprobrios, irrisiones, mofas, y afrentas. Mira si te amo de veras, y si de valde te amo; porque ¿qué cosa

hay en tí, que me obligue á amarte? Muchas tienes que me obligan á castigarte; mas yo las disimulo, y en lugar de castigo te doy mi amor: ámote sin intereses; y si no, dime, ¿qué interes en amarte? ¿Qué conveniencias tengo en quererte? Mira mis oprobrios, mis dolores, y mis afrentas, y conoce que eso es lo que saco: estas son mis ganancias, y esto es lo que ganeo de amarte; porque si yo no te amara, no padeciera por tí lo que padezco: ámote sin correspondencia, y esa es mi mayor pena; porque si mi amor grangeára el tuyo, fuera eso un grande alivio para mí en medio de mis dolores; pero morir de amor por quien no me ama, penar por quien no me estima, es penar, y morir sin consuelo; y así, *Ecce-Homo*: mira hombre lo que me cuestas, y ama de veras á quien tan de veras te ama.

308 Considera en las mismas palabras: *Ecce-Homo*, que son palabras de grandes misterios. Mira, hombre, te dice el Señor, mira si hay dolor que se iguale con el mio. Mirame bien por todas partes, considérame desde las plantas de los pies á la cabeza, por delante, por las espaldas, y por los lados, y verás la mayor carnicería, que jamas en cuerpo humano se ha visto: verás todas mis carnes surcadas, despe-

dazadas, y consumidas hasta los huesos: mi cabeza pasada con espinas gruesas: mi rostro deshecho á bofetadas, disforme con las hinchazones, heridas, sangre, y salivas. Considera con atención, que así me puso la justicia divina de mi Padre, castigando en mí las culpas, que Yo no hice: ofrecíme á satisfacer por las tuyas, y así en mí tomó la venganza, que debia tomar de tí: en mi cabeza castiga tu soberbia, en mi rostro tu vanidad, en mis manos tus malas obras, en mis espaldas tu lascivia, en mi estómago, y vientre tu gula, y tus deleytes, y en mis pies tus malos, y depravados afectos. No hay miembro en tu cuerpo, con que no hayas ofendido á tu Dios; y como en mí se castigan tus ofensas, por eso en todos mis miembros estoy castigado, como tú lo ves. *Ecce Homo*: Mira, hombre, el amor que me debes, y el que debes á mi Padre: mira si ha habido Rey, que en el Príncipe su Hijo castigue los desaciertos de un vil esclavo; y solo hallarás esta fineza en el Rey de las eternidades, que en mí su Unigénito Hijo, Príncipe heredero de su gloria, y grandeza, castiga tus desafueros. *Ecce Homo*: Mira, hombre, cómo correspondes á esta fineza: mira tú cómo castigará al esclavo ingrato, y traidor quien así castiga á su

Unigénito, y querido Hijo.

309 Considera en las mismas palabras: *Ecce Homo*, y haz cuenta que tu Angel de Guarda te las dice, queriendo iluminar con ellas tu alma. Mira hombre, ¿conoces aquel que se muestra en aquel balcon tan cargado de oprobrios, dolores, y afrentas? Pues sábete, que aquel Señor es en quien está toda la plenitud de la Divinidad humanada: aquel Señor es el principio, y fin de todos los hombres, en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la ciencia, y sabiduría de Dios: en aquel Señor se halla la justicia, la verdad, la perfección, y todas las virtudes, como en su principio, y origen. *Ecce Homo*: Mira, hombre, y atiende, que allí se pone por dechado á tu alma, y te las muestra todas, para que vayas trasladándolas en tí. Mira aquella paciencia, aquella humildad, aquella fortaleza, aquel desamparo, aquella conformidad entre tantas amarguras, penas, y dolores: aquel desprecio tan grande del mundo, de las vanidades, de las honras, y estimaciones humanas. *Ecce Homo*: Mira, hombre, que aquel Señor es el camino, la verdad, y la vida de las almas: síguete imitando sus virtudes, si no quieres perderte: óyele, y toma sus consejos, que son verdades eternas sin mentira, ni engaño, y ámale, si amas